

perador, y si necesitaban de él para vivir como solemos necesitar nosotros los míseros y orgullosísimos humanos. Merced á experto intérprete habíase enterado á ciencia cierta de que aquellos irracionales no se declaraban la guerra entre sí, como solemos los racionales, sino que combatían solamente los inanimados granos de la cebada y del trigo. Su sueño es dulce y ligero como el sueño de un vencedor. Cuando su amigo quería verles, acompañarles, departir con ellos, huían temerosos de que quisiera destruirlos. Y viendo Lutero tantos Hectores y Aquiles en fuga, lanzaba su sombrero á los aires, y se burlaba grandemente de las medrosas avecillas. Parece imposible; pero en aquella grave crisis, amenazada por los turcos Alemania, dividido el Imperio en sectas irreconciliables, convocada una Dieta para extirpar la herejía, entre los horrores de las varias guerras que acababan de esquilmar el suelo todavía cubierto con la ceniza de los incendios y el polvo de las ruinas, próximas muchas catástrofes, reconciliados el Pontífice y el Emperador para oponerse de consuno á la nueva idea, Lutero se enseñoreaba en tales términos y con tanto imperio de sí mismo que podía, no solo conversar con las aves, sino entonar las oraciones y los salmos propios de los profetas y traducir desde las páginas sublimes de la Biblia hasta las fábulas familiares de un Esopo en la rica variedad de sus aptitudes y en la numerosa copia de sus pensamientos.

Es imposible comprender ni explicar humanamente el trabajo titánico de este hombre. Ya contesta largamente á consultas políticas de los príncipes; ya traduce libros religiosos y literarios; ya idea cánticos para que en coro los entonen sus jóvenes sectarios; lo mismo disputa con el diablo creyéndole aparecido en su alcoba que dirige advertencias á sus discípulos de Augsburgo animándolos á la fortaleza y á la perseverancia; lo mismo llora en consideraciones elegíacas la muerte de su padre que celebra en hosannas de triunfo las esperanzas de los creyentes; lo mismo dirige pastorales místicas á las Iglesias de Sajonia que artículos dignos de la prensa de nuestros días á la política del Papa y á los perjurios y vanidades del Rey de Francia; lo mismo se pierde en el éxtasis que se revuelca en el sarcasmo; naturaleza maravillosa por sus varias fases y por su increíble flexibilidad.

Mientras Lutero elevaba sus brazos, como en el Sinaí Moisés, á los cielos

desde las alturas del planeta, que á manera de la conciencia libre, comunican libremente con el cielo, Carlos entraba con toda la pompa, descrita antes, en la vieja catedral católica de Augsburgo; y allí sucedía una escena bastante á demostrar cómo se habían los ánimos cambiado y trasformádose las inteligencias. En tanto que el Nuncio y el Arzobispo daban sus bendiciones y las recibía el Emperador y su corte de rodillas; Juan de Sajonia, Felipe de Hesse y otros magnates de los mismos que habían llevado en la triunfal entrada las insignias imperiales, manteníanse de pié y erguidos, demostrando que, para ellos, todas aquellas ceremonias tan gratas al corazón de los verdaderos católicos, no eran sino vulgares idolatrías inventadas por el diablo para oscurecer la verdad y apartarla del corazón y del entendimiento de los hombres. Carlos hizo como que no veía la irreverencia de sus grandes vasallos. Pero aquel duque Jorge, tan célebre por su exaltada fe católica, dirigióles miradas de odio y aun acarició el puño de su espada para castigarlos.

Concluida la ceremonia, encerróse el Emperador en su palacio. Si en la iglesia pudo con grande imperio dominar su indignación por el desacato de los protestantes, en el palacio dió rienda suelta á todos sus agravios. Así es que hizo una seña á los príncipes católicos para que se retirasen y otra para que se detuviesen y quedasen á los príncipes protestantes. Carlos V, taciturno por naturaleza, tenía que aumentar su silencio, á causa de su ignorancia completa en achaques de lengua alemana, de la cual apenas hablaba ó entendía algunas palabras. Así, exclamaba muchas veces, que hubiera cambiado cualquiera de las lenguas, conocidas por él con profundidad, y habladas con perfección, el italiano, el francés, el español mismo, uno de sus Estados mas preciosos si se quería, por el conocimiento de la lengua alemana, tan necesario á su poder en los momentos capitales de aquella crisis. El archiduque Fernando, su hermano, le servía de intérprete; y él hablaba al archiduque en lengua francesa. No contribuía poco esta dificultad insuperable á divorciar la voluntad del César de la voluntad de sus vasallos. Una palabra elocuente, varias frases felices acaso disiparan muchas supersticiones; mientras que el silencio, la reserva, el aspecto implacable, la frialdad glacial, la mirada indecisa, el aire imperioso daban á Carlos V, á pesar de su mocedad, el aire de un ídolo, á quien se podía temer, pero á quien no se podía ciertamente amar. Lo primero



que les dijo, por boca del archiduque, fué la obligacion, que tenian, de obedecerle; y para cumplir esta obligacion, la necesidad que tenian de suspender todos sus oficios en las Iglesias protestantes y conservar su adhesion antigua y tradicional á la religion de sus padres. Los príncipes empezaron por palidecer y callar y concluyeron por decir en voz alta que no podian renegar de Dios y su Evangelio, pues no hacian mas que predicar la palabra divina tal como la habian predicado San Agustin ó San Hilario. Nada incomodaba tanto al Emperador como esta elocuencia convencional de los luteranos y estas citas continuas de nombres eclesiásticos. Y así es que, en cuanto oyó traducida la respuesta, enrojeciéndose de cólera, y miró á los monarcas con furor.

Comprendió entonces el archiduque lo resuelto que estaba su hermano á sostener sus decisiones soberanas y les impuso de nuevo la necesaria obediencia. El Landgrave, cuyo natural impetuoso ya conocemos, volvióse á él, y le dijo que sobre una conciencia no tenia jurisdiccion otra conciencia. Fernando insistió de nuevo, atento á la mirada del Emperador, que le transmitia órdenes con la celeridad del rayo. Y al verlo insistir, el Margrave, que hasta entonces habia guardado silencio, se adelantó hácia Carlos V, y le dijo que antes que dejarse arrancar la fe del entendimiento, se dejaria resueltamente arrancar la cabeza de los hombros. La energía del gesto correspondió á la energía del dicho, pues se llevó la mano al cuello, como en ademán de decapitarse. Entonces el Emperador, conmovido por semejante salida, exclamó en su embrollada jerga germánica: «Nada de cabeza.»

En tal estado resolvieron proponer á los príncipes que acudieran á la procesion del Corpus, tal como lo prevenian usos antiguos y lo acostumbraban todos los asistentes á las Dietas germánicas. Puesto que no cedian de ninguna suerte en la cuestion de suspender los ritos luteranos, propuso que cedieran en otra cuestion litúrgica, en la cuestion de asistencia á las ceremonias católicas. Los protestantes se indignaron todavía mas que de la anterior, de esta proposicion, y decidieron no asistir á lo que ellos creian culto idolátrico, propio solamente de una religion vivificada en las ideas materialistas del antiguo paganismo. La procesion se verificó sin ellos; y tuvo una verdadera magnificencia. Seis príncipes de sangre real llevaban un palio de tisú argénteo

y áureo, adornado á sus cuatro extremos con plumajes de avestruz. Bajo la sombra de este palio iba el arzobispo de Maguncia revestido con sus brillantes dalmáticas, llevando en las manos la sacra hostia encerrada en sol de oro macizo, por cuyos rayos brillaba rica pedrería descomponiendo en iris varios y en matices múltiples los resplandores del día. A la derecha del arzobispo marchaba el rey de Bohemia, don Fernando, y á la izquierda el Elector de Brandeburgo, don Joaquin, ambos revestidos y decorados con sus insignias reales. Antecedian al palio dos líneas de sacerdotes, rodeados de sus correspondientes sacristanes y monaguillos, la casa y corte del Emperador rodeada de heraldos y pajes, los senadores del Imperio y los magistrados de la ciudad con fastuosa pompa é innumerable comitiva. El Emperador inmediatamente detrás del arzobispo, que llevaba la custodia, se distinguia por una profunda devocion. Rico manto de púrpura, forrado de tisú, le ceñia entre sus pliegues; grande cirio, bendecido por el Papa, relumbraba en sus manos; y su cabeza, desceñida de todo tocado, descubierta en presencia del rey de los reyes, sin quitasol de ningun género, sufría los ardorosos rayos de un espléndido sol de junio. Detrás del Emperador, veíase una legion de potentados, tanto civiles como eclesiásticos, los cuales parecian porfiar en lujo y en riqueza. Estaban allí cardenales de la Santa Iglesia romana; arzobispos y obispos de toda Germania; legados del Pontífice; representantes de las ciudades libres; grandes de España tan soberbios en su persona como en sus trajes; príncipes y gentiles hombres italianos que parecian como vestidos y adornados por los grandes pintores de Venecia, segun lo deslumbrador de sus trajes; señores flamencos luciendo las ricas telas de su país; guardias del rey de Bohemia y del Emperador de Alemania ostentosamente uniformados. Todo el mundo llevaba su cirio correspondiente en las manos; á cada esquina brillaba espléndido altar cubierto de magníficos cuadros y ornado de frescas y bien olientes flores; multitud de niños arrojaban rosas por los suelos y multitud de músicas armoniosísimas cadencias por los aires; todo era deslumbrador, el espectáculo, el recuerdo, la poesía, la estética de estas antiguas y tradicionales ceremonias. Pero pasaba ya en la Alemania, religiosamente sublevada, lo mismo que en Roma por los últimos días del antiguo paganismo, á saber, que las ceremonias tenian todo el esplendor externo de los mejores tiempos



y solamente les faltaba lo que mas anima y engrandece y hermosea estos actos religiosos, la fe sencilla y tierna de los pueblos. En una aldea, humilde procesion, á la cual solo acompañan los campesinos, ceñida por todo ornamento con las flores del campo, inspira verdadera piedad, cuando la fe acierta á engrandecerla con sus espirituales reflejos. Pero, en Augsburgo, á toda aquella pompa y á toda aquella majestad, faltábanles el rumor de las oraciones, el aleteo de las almas, el brillo de las ideas, el asentimiento y la presencia moral del pueblo; porque si bien este asistia materialmente, ni sus rodillas se doblaban, ni se plegaban sus manos, ni se oian salir de sus labios aquellas oraciones católicas, ni se veian retratarse en sus ojos aquellas miradas místicas, las cuales, en tiempos de mayor fe, mostraban la devocion de sus progenitores.

Extraña situacion verdaderamente la de aquellos príncipes, que debian, por constituciones decretadas allá en los tiempos en que la unidad de la fe no se habia roto, asistir al Emperador en estas ceremonias y no podian moralmente cumplir su obligacion política por el cambio de su fe religiosa. Así consultaron á Lutero sobre el punto de asistir en el templo á la entrada del Emperador, despues de no haber asistido á la procesion. Lutero les aconsejó que asistieran como vasallos soberanos del Emperador á imitacion de Naaman, quien sostenia con su mano al rey de Siria, su señor, mientras adoraba los ídolos caldeos. En virtud de tales consejos, al entrar en la iglesia la procesion, aguardaban los reyes protestantes, con humildad, á su jefe y señor sobre la tierra. La entrada correspondia, por sus esplendores, á la grandeza del Emperador y á la magnitud del Imperio. Deslumbraba materialmente la vista el número de tronos agrupados en torno del elevadísimo, que debia ocupar Carlos V en frente del altar y en el coro todo tendido de terciopelo recamado de áureas bordaduras. Cada elector tenia delante de sí un oficial, que sostenia su espada, y detrás de sí una legion de cortesanos que representaban las magnas dignidades propias de sus respectivos reinos y reinados. Una vez colocados los diversos señores en sus sitios correspondientes, el arzobispo de Maguncia entonó, al eco de los órganos, el cántico sublime, que invoca la venida del Espíritu divino al humano espíritu. Concluida esta ceremonia empezóse la misa, y concluido el Evangelio de la

misa, los diáconos llevaron el libro santo al Emperador para que, entre la humareda del incienso, lo besase; y despues del Emperador se lo llevaron tambien á los príncipes protestantes, que lo besaron, así como la cruz de plata despues del *Agnus Dei*; transacciones todas debidas al consejo de Martin Lutero. Desde la iglesia pasaron al palacio, donde el Emperador comió públicamente y en mesa de imperial aparato. Bendijéronle el cubierto los obispos y arzobispos presentes; llevóle los sellos del Estado el Elector de Maguncia, sellos que Carlos colgó del cuello al canciller de Augsburgo; presentóle el jarro, la jofaina, la servilleta, para que se lavase las manos, el Margrave de Brandeburgo; las viandas llevólas en platos de oro el Conde Palatino; y las bebidas en botellas y vasos cubiertos de rica pedrería el rey de Bohemia; por manera que nunca se habia visto en la forma una mayor apariencia de sumision y en el fondo un espíritu mayor de rebeldía.

Dada la tenacidad de Carlos V, sirviéronle todas estas apariencias al fin de impedir las predicaciones protestantes, cuyos ecos le sacaban de quicio, y le hacian perder muchas veces la conocida gravedad de su carácter. Bien es cierto que Augsburgo parecia una colmena de ideas, segun el rumor y la vibracion de las palabras que se escuchaban en todas direcciones, y por todas partes. Aquí un luterano exaltadísimo vomitaba injurias sobre la persona del Pontífice; allí un anabaptista venido de lejanas regiones se ofrecia como verdadero profeta y revelador al pueblo; en esta esquina levantaba sus brazos al cielo un hereje de Iliria oliendo aun á oriental maniqueismo; en aquella encrucijada un republicano suizo decia en arrebatadora elocuencia su evangelio democrático á los pueblos: en tal reunion se discutian los problemas relativos al purgatorio; en tal otra los dogmas de la union hipostática entre las personas de la Santa Trinidad; no léjos oíanse apotegmas relativos á la Eucaristía; mientras los frailes católicos, echando espumarajos de rabia por la boca, maldecian de los principales nombres protestantes, injuriaban á roso y velloso, á diestro y siniestro hasta caer exánimes, por obra de aquel esfuerzo gigantesco, sobre las tablas de su púlpito; produciendo esta radical contradiccion de ideas antitéticas y esta lucha de aspiraciones encontradas una caliginosa atmósfera, en la cual se respiraba, como en la atmósfera natural, cuando está saturada de electricidad, los alientos de una cercana tormenta. El furor, en-